

MONTEVIDEO/AÑO XXIX/DICIEMBRE
EDICIÓN DE 60 PÁGINAS

M A R C O

E 29 DE 1967 N.º 1385 / PRECIO \$ 20.-
EN DOS SECCIONES

CHIA

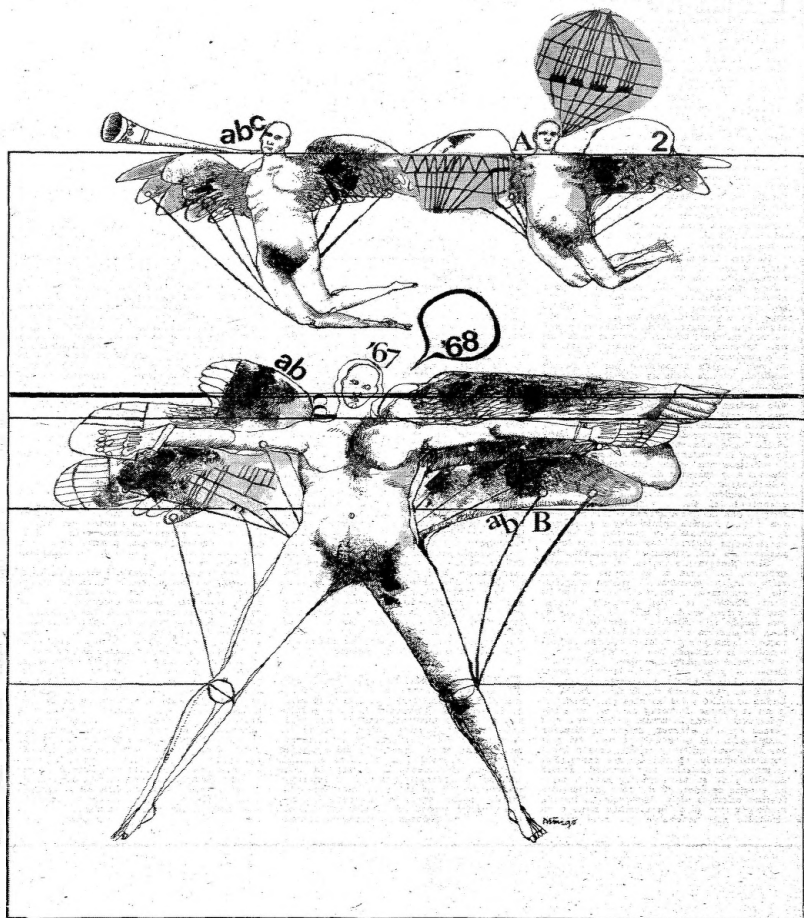


MARCHA

MONTEVIDEO, DICIEMBRE 29 DE 1967

AÑO XXIX — NÚMERO 1385

SEGUNDA SECCION



CRONICA

El proceso de desintegración de la sociedad liberal, que fue la invención vanguardista del Uruguay, el espejo en el cual se contempló hermóticamente, no sólo no acelerarse a lo largo de 1967. Todo indica que veremos — que padeceremos — instancias vertiginosas del proceso debajo de esas máscaras que caen día a día asomando figuras donde hay rictus sórdidos, rostros dolientes, gestualidades violentas. Si entró en quiebra el legalismo, las tradiciones democráticas recibidas, la plena libertad de opinión e información, no nos extrañará que pase lo mismo con el civismo y lo demás ítems de la cartilla escolar. Nada indica en cambio que esté próxima la emergencia de una nueva sociedad, con sus correspondientes nuevos ideales de vida y estructuras que los justifiquen, por múltiples razones, muchas nacionales y las más derivadas de la correlación internacional. Es la distancia entre ambos términos la que hace confuso y doloroso el presente, torna pueriles o muelles esfuerzos generosos, exacerba la pugna interior. En tanto "las pléyades de los gallos cavaban buscando la aurora".

La gran aportación de las élites intelectuales uruguayas en estos casi tres decenios transcurridos fue la asunción de una conciencia crítica que diagnosticó la realidad nacional, señaló una a una las grietas del edificio, reclamó en vano las enmiendas urgentes, a partir de una inicial concepción moral que concluyó siendo sociológica y económica, en nivel adulto. Esa conciencia crítica, generada por una minoría fécula, es hoy patrimonio de la mayoría del país y a su vez ha sido desbordada por la propia realidad: parece vana la crítica cuando el edificio se desmorona a ojos vistas, y los responsables de su custodia, los guardianes, sólo aspiran a guarecerse. ¿Qué más decir que no está dicho y que no está probado hasta la náusea? La sociedad ha hecho suya una larga prédica, avanzando con dificultad hacia una verdad que se le escapaba o que le ocultaban, en el mismo momento en que las élites intelectuales están puestas a la creación de una conciencia revolucionaria. Perdida la esperanza en la recomposición del edificio existente, han encontrado al fin el verdadero punto de fricción con las generaciones anteriores merced al cual pueden enjuiciarse y establecer la propia autonomía, y encaran su sección en el campo cultural específico como la de parleros de esa conciencia revolucionaria.

Simultáneamente revive, en una versión grata, la "barrca de los locos" del gran mito europeo: mientras un sector minoritario se ensaya a la tarea de hacer volar la bárbara, la otra intentos que se ofrece desde la soledad cubierta es una ola de frialdad, de vaciedad intelectual, de madurez que se desmenuza y dispersa como corresponde a quienes brindan tumultuosamente voceando con desenfado: "comamos y bebamos porque mañana moriremos". Desde el golpe de estado terrista, cuyas sombras han vuelto a proyectarse sobre nosotros, el país carece de cultura oficial, ni buena ni mala, y los intentos para instituir-la en la década de postguerra resultan tan ineficaces desde la actual perspectiva, que parece vana la pléyade de intentos que se emprendió contra ella. La única cultura viva del país fue la inconfesada y crítica, creada independientemente de cualquier discurso oficial. Por lo mismo la polémica está instalada dentro de ella y de su reorientación cabe esperar cambios radicales, no de unánimes fuentes oficiales. Esta constatación no impide reconocer que la cultura crítica tiene a su alrededor una acañonada, creciente corona

de mediocridad o venalidad, por cuyos intereses ideológicos, expectativas y ambiciosos, está previsto el futuro cercano un eventual relumbro. Como nada tienen que decir el país de nuevo o verdadero, como sólo corresponden a la relación del egotismo, no podrán alcanzar su cuarto de hora en el escenario si no es a través del oficialismo. Pero no es más que un accidente, como el que ya se ha visto en otros países latinoamericanos donde siempre ha habido mediocres dispuestos a reemplazar a los maestros de las universidades arrastradas o a adocinar a la juventud en la mansedumbre.

ALGUNOS intelectuales formados en la conciencia crítica llegaron a escapar a la situación, y ellos de veras, de la gravedad de la situación, de la necesidad de concurrir con sus fuerzas a la salvación de los principales valores sobre los que se había vertebrado la nacionalidad, hartos quizás de la aparente prescindencia con que se adjudica la actitud de oposición, decidieron contribuir a orientar la poderosa máquina del estado en materia cultural. Muchos pensamientos que se esquivaban, que era tarde para esos ramiendos, que en definitiva ellos sólo podían proponer la reviviscencia de la sociedad liberal — un suertero que no va saltaba a la vez evidente tanto su honestidad como su generosidad. La cadena de renuncias culmina con el traslado de la dirección emboscada (caso de la Comisión Municipal de Identificación) a darnos tristemente la razón. Del mismo modo el enorme esfuerzo de certificación y modernización que nos dio la CIDE y luego la Oficina de Planeación, apelando a la flor de la nueva intelectualidad nacional puesta al mismo espíritu de quiétesca colaboración, ha quedado en bambalona: un oscuro funcionario del FMI puede suplantarla aplicando la receta monetaria. Este fracaso, que no será el último porque los uruguayos son impacientes, y son también generosos, ilustra la situación de la cultura nacional y es buena piedra para aguar el estilo.

Los maîtres zenonados que prosiguen su desvariante arte de coser los gastados paños del traje parecen figuras de Chabrenzon. Apenas sobreviven a través de los instrumentos desechados del estado o los que con opulencia ofrecen los consorcios extranjeros, pero ya han visto el desmoronamiento de su poder. Son víctimas de su propia maquinaria, pero más que nada del descrecimiento popular que han ganado bien, porque gran mayoría que haya vivido en la retórica lustrinista de los editoriales a un nivel más alto de la vida que en los ojos. El país presenciará la deserción de otros intelectuales que, con buenas o con malas intenciones, emprenden el viaje al extranjero, cuando no pasan apaciblemente al servicio de los consorcios del exterior.

PERO ¿qué hacer? Si algún sentido conserva la manoseada fórmula "responsabilidad del intelectual" en este momento de evidenciaria, porque la larga práctica sólo alcanzó a un considerable sector de la población cuando está palpado el sufrimiento de los efectos del deterioro, cuando experimentó en la carne propia, que es la única manera de crecer, la verdad de aquellos mundos proféticos escalados a lo largo de tres décadas. Y es ahora que ella se interroga masivamente, y no ya en un momento de ascético, sobre lo que debe hacerse. Los diversos aspectos de la vida cultural del año que aquí repasamos, desde la entrada

de la "protesta" al teatro y a la canción hasta el "boom" de la novela, reflejan la ausencia de análisis sociológicos e históricos hasta la excecada discusión diaria sobre la cultura que corresponden a nuestra época, pero indica de la existencia de un público ávido, en buena parte juvenil, que no sólo reclama y escucha sino juzga y quiere actuar. No quisiera sin embargo que esto se interpretara como una convalidación del pensamiento tradicional de la izquierda: si hay algo que sofoca es el verbalismo, la elementalidad y el convencionalismo de gran parte de esa izquierda, más extraviviada a veces que la derecha, porque ésta al menos sabe bien lo que quiere y va directamente a su fin.

Lo que está en juego es mucho más que los argumentos catetéricos con que se desgarran los grupos de la izquierda intelectual, donde llegan a alcanzar moda tesis fantasmáticas como la atracción fatal o voluntaria de las condiciones objetivas. Es nuestra ubicación en un mundo moderno a cuya zaga vamos quedando, cada día más distanciados de quienes edifican las condiciones de una cultura potente y firme, transformados en meros operadores de los instrumentos, las ideas, las posibilidades económicas, las inversiones artísticas, que otros son capaces de crear o utilizar. En lugar de avanzar siempre a la cola, lo que ellos inventan para ellos. El novelista que hace objetivamente a la francesa, y el poeta que hace pop-art a la americana, y el sociólogo que copia el modelo Parsons y el científico o el técnico que opera el instrumento comprado, son los prototipos de este remedo cultural, al cual nos condena nuestro atraso creciente. No me parecen mejor, confieso, los tradicionalistas que crean que en el folklore o en la nostalgia de la mítica Arcadia encontrarán un acento diferente y propio, porque todo eso también está ya industrializado para tablas con público extranjero marginándolo. La nacionalidad radica en la modernización, no reñía, sino auténtica, en la creación de los instrumentos propios de desarrollo, en el inmenso esfuerzo para edificar una sociedad dinámica que dé uso a las potencialidades evidentes y harto probadas de los hombres del país, y tenga clara vocación de futuro, sentido de la responsabilidad y del sacrificio que sólo se obtiene cuando el cuerpo social es una fuerza coherente con altas ambiciones.

Todo esto no es nuevo. Ha sido dicho, y aquí mismo, muchas veces. Es parte del esquema característico del pensamiento crítico, que subterráneamente descansaba en la convicción que esas advertencias y llamadas serían atendidas por quienes detentaban las posibilidades de ejecución, pero esto ocurre para bien de todos. Ahora es sabido que ni fueron oídas ni aplicadas, ni hay quien, no son los mismos que las expresaron, pueda hacer que las palabras se transformen en obras. Es el instante en que la conciencia debería revolucionaria. La palabra es muy empleada. El senador Torroney dudaba uno de sus discursos en torno a la afirmación programática "Mostrnos vivimos una revolución", pero esto ocurre como con la lengua hablada de todos los días: cada comunidad se reconoce a través de ella, de sus inflexiones y giros peculiares, hallando así clima de familiar complicidad en que se sabe partícipe de una tarea colectiva. En la soledad, en la media palabra, en el silencio, el idioma se hace nuestro y nos sirve. Así también esa mágica palabra.

ANGEL RAMA

EN diarios, revistas y audiciones especializadas de radio o TV, se va haciendo hablando con insistencia del "boom" editorial uruguayo, habiendo unanimidad para designarlo como "boom" y considerarlo el regazo más llanativo de la vida cultural del país en 1967. Un organismo oficial, la Comisión del Papel, encargada de fiscalizar las disposiciones de los libros que se importa a conocer una estadística de títulos y tiradas que vendría a confirmar el aserto. Aunque sus datos son muy incompletos, ya que se iniciaron en los últimos meses de 1965, apuntan a que el año 1967 habría duplicado por lo menos la producción de títulos del año 1966, hecho que sorprende por producirse en medio de la brutal crisis que padecemos, como lo ha hecho notar la Unión en un artículo de "Cuestión de Universidad". El punto exige consideración detallada. Consciente de que mi participación en el proyecto puede ser de poca utilidad del análisis, he optado por hablar a título personal, tratando de aportar un conjunto de datos corroboreables, visto el modo improvisado en que se viene manejando.

Dijamos primero que el Uruguay tuvo siempre editoriales, que al modo tradicional dependían de imprentas y librerías, desde "El Siglo Ilustrado" y "Barreiro y Ramos" en el siglo pasado, hasta Orión Bertani, Maximino García y Claudio García en las primeras décadas del actual. También tuvo siempre colecciones especializadas en letras nacionales, tanto en las mencionadas casas como en algunas privadas o peculiares: así la "Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense", un sistema semicooperativo que patrocinó Imparcia Uruguaya en los años treinta y que recogió la obra de la generación del '25; así la copiosa Biblioteca Roa que Ovidio Fernández Ríos dirigió para "La Bolsa de los Libros".

El primer esfuerzo de estructuración de editoriales, aunque todavía vinculados a librerías, corrió a cargo como era previsible, de los grupos minoritarios de opinión, en particular los relacionados con el Partido Comunista. Enfrentados a la tarea de educar a un sector de la población, hubieron de inventar formas para hacerlo, procedieron a crear servicios de difusión de la bibliografía política y también de creación literarias extranjeras y nacionales, dentro del nuevo lineamiento doctrinal. A este movimiento pertenecen los esfuerzos de la Biblioteca Social Internacional de la Librería América, la excelente tarea de Ediciones Ciudadela y la fundación de la Editorial Pueblos Unidos que en su primera época, publicó una serie nutrida de obras nacionales junto a productos del realismo soviético.

Pero el gran esfuerzo de creación de un aparato editorial poderoso que se erigió en Buenos Aires a partir de 1959 (Levadas, Zúñiga, Sudamericana, etc.), aprovechando la coyuntura de la guerra civil española y la segunda guerra mundial que dejó libre el mercado de la producción europea, no tuvo equivalente en nuestro país. Aparte de las editorías doctrinales mencionadas, sólo hubo intentos artesanales a cargo de escritores (Juan Cuzco, José Pedro Díaz) en la línea que había iniciado en París, Carlos Rodríguez Pintos y esfuerzos de grupos literarios como "Número", "Fábula", "Asir", publicando algunos títulos sueltos. Desde 1940 el país fue invadido por las ediciones argentinas que absorbieron enteramente el mercado en libros argentinos los que aquí se leían, comentaban y vendían. Y era en las editoriales argentinas donde los escritores uruguayos ambicionaban ver sus obras, llegando más de uno a pagar bien caro el sello porteño para insertarse en esa exitosa cadena. Junto a los argentinos fueron los mexicanos quienes surtieron el mercado nacional a través de la rica serie del Fondo de Cultura Económica que, sin cesar, puede decirse que sirvió a una generación entera de lectores. El libro español sólo comenzó a llegar en esta última década, venciendo las previsibles resistencias ideológicas que una aplicación intensa a las literaturas clásicas y modernas uruguayas, y entró cada vez más, facilitado por la fabulosa protección económica que el gobierno de Franco dispensó a su industria editorial como parte de un inteligente política de recuperación del mercado hispanoamericano.

Conviene señalar un curioso desequilibrio respecto a la Argentina, que se produce en el período peronista 1945-1965, porque ilustra acabadamente de las dificultades para fundar una industria editorial uruguaya. En ese período las tensiones entre Perón y nuestro país llevaron a casi interrupción de relaciones; no se podía viajar, no se comerciaba, los turistas argentinos no podían venir a verse en Punta del Este y tampoco podían venir las comitivas de "Sanctus que con sus patchadas ocupaban nuestros teatros doce meses cada año. El efecto, ya su estudiado y conocido, fue que, privado el país de la asistencia de comediantes argentinos, contribuyó poderosamente a facilitar el desarrollo de nuestros teatros, al desahucándose la Comedia Nacional y fortificándose



DIBUJO DE MUYO

EL
B
O
M
B
E
O
L
A

ANGEL RAMA

Los grupos independentes. Si a este vacío, entre otras causas, le debemos la creación de nuestro teatro, no ocurrirá lo mismo en el caso editorial, porque nunca se interrumpió la fluencia de libros, a pesar de las dificultades políticas. El gobierno uruguayo nunca quiso poner trabas a la entrada del material bibliográfico argentino por consideraciones de orden cultural, a pesar de los perjuicios económicos que la política peronista ocasionó al Uruguay en los años sesenta. De ahí que la coyuntura resultara propicia para nuestro teatro pero no para nuestra industria editorial.

Los escritores se refugiaron en las revistas y en las secciones literarias de diarios y semanarios que alcanzaron un tiempo de auge. Allí desarrollaron la crítica y las formas literarias adecuadas a los órganos de comunicación de esa época. Fue época del "boom" que parecer no se podía en el momento hacer otra cosa, aunque aquí debe contar un gran hecho de nuestra cultura contemporánea: el "boom" dominante en la época no se planteaba, o se planteaba mal, la necesidad de una comunicación intensa con el lector, como modo de constituir un sistema autónomo de vida intelectual que independizara al escritor de las servidumbres oficiales. Esa generación había renunciado al lector, y por la más simple de las razones: porque el lector había previamente renunciado a ella. Tal situación había sido el resultado de la generación crítica, desde los primeros años de MARCHA, la cual se dedicó a una línea general de la República de Letras; sostuvo y defendió la obra legítima de los mayores (así, en narrativa, la de Espinosa, Morosoli, Onetti, Hernández); demolió con energía los fallos valiosos (en particular la vacuidad poética que había auspiciado "Alfa" y los cuadernos "Julia Herrera y Restani"); y militó arduamente contra el sistema del patrocinio que se intentaba restaurar y al que llamó "oficialismo". Por un lado defendió valores artísticos de conformidad con un patrón muy signado por el vanguardismo europeo que hacía furor en América entonces) y por otro revalorizaba una actitud moral, austera y digna, cierta que le habría de conquistar el respeto progresivo del público.

A esa generación, junto con el surgimiento de la crisis que emerge por 1955, dentro de su campo orientador pero desarrollando con más rigor algunas iniciales intuiciones, sistematizadas con los conocimientos más ciertos de ciencias sociales, económicas y políticas, cupo iniciar la segunda vía que conduciría a este "boom" editorial, en la medida en que se vio forzada a apelar al público, a entenderlo como juez válido aun a sabiendas de que, por lo común, debía educar al soberano. La generación crítica estuvo integrada por hombres de una concepción ética e intelectual muy perfilada, radicalmente antimediocrista y hiperpéptica, bastante incapaces por lo mismo de tareas comunes y colectivas. Sin ellos no hubiera sido posible establecer valores reales y creíbles, compartibles, por el nuevo público que había traicionado; sólo con ellos jamás se hubiera cumplido la obra colectiva que sostiene el aparato editorial del momento, en su mayoría en manos de hombres muy jóvenes.

El proceso actual puede datarse en 1960: en agosto de ese año sale el libro de Luis Castelli Bendersolsos, primero de la cooperativa "Asir"; en el mismo mes y año sale a la cara de la desgracia de Juan C. Onetti en la colección "Letras de hoy" que dirige para Alfa, y en la misma fecha los volúmenes iniciales de la colección "Carabela" que dirige Benito Millán en su editorial. A esta primera irrupción que comienza el año con unas quince y veintenas distribuidas equitativamente entre las tres colecciones, seguirá un segundo hecho que encabeza el sector y el nuevo espíritu: la publicación de dos obras de Mario Benedetti. El país de la cola de paja (Asir) y La zuega (Carabela) con sus libros, que resucitaron el dios Jano de la época —la crítica y la narración de la vida uruguaya— Mario Benedetti cruza el Rubicón y abandona la literatura elitista, sólo e intelectual que venía haciendo, y se incorpora plenamente a la problemática del país, encuadrando a su público y lo expresa con verdad, testimonia que existe un nuevo lector y una nueva serie de asuntos a discutir con él, mano a mano. El tercer hecho que responde a los anteriores, es la aparición, en agosto de 1961, de la Feria Nacional de Libros y Grabados, debida toda al lesón visionario de un escritor de la turística promoción, Juan Bascchi.

Esta cadena era suficientemente invitada como para que en el número final del año 1960, MARCHA dedicara amplia consideración al tema, y testimonia que existió un nuevo lector. A la pregunta que formuló a varios escritores —"¿Hay motivos para que el año 1960 no destaque por encima de otros y merezca un recuerdo especial?"—, contestó Arturo Garguío y Vica diciendo que "pareciera que este 1960 ha de-

(Vea a la pág. siguiente)

EDITORIAL ARCA

1. ¿Cuál ha sido su producción editorial este año (número de libros editados, cifra de ejemplares, etc.), y cuál ha sido la repercusión del incremento editorial sobre su producción?

Al comenzar 1967 la editorial Arca tenía un fondo de cuarenta y cinco títulos. En el año ha agregado 70, con un total de 270.000 ejemplares.

2. ¿Qué tipo de preocupaciones rige su producción?

La producción editorial sigue distintas líneas simultáneas. La experiencia más exitosa fueron los bolsillibros, que han llegado a treinta títulos con tiradas que oscilan entre los 3.000 y los 6.000 ejemplares; es una colección destinada a ofrecer una imagen del país en sus más variados aspectos, incluyendo textos clásicos, novelas y cuentos modernos, historia, economía, humorismo, etc. Junto a ella se mantiene y ha crecido la colección "Narradores de Arca", que junto a obras de los mayores escritores del país, viene preocupándose especialmente de la aportación de las nuevas generaciones. Otra preocupación constante de la editorial ha sido la literatura latinoamericana, habiendo creado una colección que en el año ha alcanzado los nueve títulos con obras de Brunet, Garmendia, Carballido, Galindo, Diego, etc. Nos ha parecido correcto incluir allí, por primera vez, a un uruguayo, y lo hicimos con el libro de Onetti El astillero.

3. ¿Cuáles son los planes de futuro de la editorial?

Continuar el esfuerzo del 67. El plan definitivo será establecido en los meses de enero y febrero, que son los de descanso. Podemos adelantar que la colección latinoamericana se expandirá tenazmente, que acometeremos una colección histórica nacional y americana, que daremos especial atención a nuestra serie de "Ensayo y Testimonio", donde este año apareció Carpentier, Jirík, Benedetti, y que dedicaremos especial atención a los problemas de la sociedad uruguaya y americana.

4. ¿Cuáles son las mayores dificultades que afronta la industria editorial?

Falta total de créditos; encarecimiento astronómico de costos industriales; pésimos materiales de impresión (papeles, tapas). Además lo restringido del mercado nacional.

5. ¿Qué posibilidades ve para la exportación del libro uruguayo?

AHÍ está la posibilidad de supervivencia y progreso de las editoriales nacionales, creando una línea de exportación, beneficiosa para el país, para la cultura nacional, para el mejor entrecruzamiento de la aportación literaria de lengua española.